

Tres semanas en Brasil

Iván Quezada



I

Estoy en el edificio de Migraciones de Buenos Aires. Por una torpeza, perdí el papelito de la visa y fui a averiguar cómo debía hacerlo para salir del país en cuatro piezas y no en dos. Desde luego, la respuesta fue: “¡pagando!”. Nada menos que 50 pesos argentinos por un papel que no vale ni un centavo, y que para colmo termina en la basura. De los tontos será el reino de los burócratas... Pero el panorama de quedarme a vivir junto al obelisco no era superior, y acabé por aceptar la multa. Nada de esto lo sabía en ese instante. Con mi mejor cara de despistado, fui al mesón de Informaciones y desde allí me mandaron donde otra mujer, al fondo de un enorme salón colmado de gente.

Hace un momento el reloj dio las 12 de la tarde y, como siempre a esa hora, el hambre atravesó los rostros como una grieta. Se respira la rutina entre esas paredes grises, en los termos del mate que algunas funcionarias, diligentes, van a llenar continuamente a una pequeña cocina, en cuya puerta leo: “No pasar”. La multitud se compone de niños, viejos, mujeres solas o acompañadas, familias enteras... Es una masa informe y mayoritariamente sentada, con cara de no saber para qué diablos tanto esfuerzo por permanecer dentro de la Argentina, cuando la vida allí es igualmente mala que en Perú, Ecuador, Bolivia o Paraguay (aunque quizás es peor y yo no me quiero enterar).

Entre mis dedos tengo un número y la mujer que en teoría me ayudará, me mira ceñuda indicándome que espere mi turno. Es una típica argentina cincuentona, teñida de rubio y con aspecto de profesora. Hace el trabajo de cuatro personas, atendiendo un desfile incesante de extranjeros, y además responde consultas telefónicas. Con su cara de jefa, no entiendo cómo no ha ascendido hasta el puesto de un tipo que, en una ínfima oficina de más allá, timbra papeles con toda la calma del mundo. Pero mejor no le pregunto: ya está suficientemente enojada con el universo. Me voy a un costado y fijo me atención en una desgarrada indiecita que ronda por ahí. De pronto se acerca y me dice:

—Creo que debo hablar con ella, pero me despacha apenas me ve.

Se refería a la misma bruja que yo.

—Consígase un número —le respondí—, son mágicos: mire cómo la ponen dicharachera...

No tenía ganas de sonreír, y continué:

—A mí me dieron uno en la entrada. Vaya, no pierda el tiempo.

Me obedeció no muy convencida y al rato regresó con las manos vacías.

—No quisieron darme uno —me dijo.

Pensé decirle que en Chile sería diferente, pero odio morderme la lengua. Me encogí de hombros al verla partir, imaginando el vacío en que se sentiría.

Conté las personas que faltaban antes de que me atendieran. Eran siete, y de lo más variopinta. En la primera fila había una mujer preciosa, blanca como el sol y de caderas abundantes, quizás brasileira o paraguaya. Vestía provocativamente y no pude dejar de pensar mal. ¿Sería puta? En fin, no era asunto mío. Más atrás descubrí una familia de morenos que nunca levantaron la vista. Y cerraban el grupo, a sus espaldas, tres mujeres de estatura considerable. Dos de ellas cuchicheaban y la otra miraba para otro lado. No se conocían, aunque los gestos de curiosidad eran mutuos. Finalmente derribaron las barreras y comenzaron un diálogo de ojos insinuantes.

Entonces me percaté de que las dos “amigas” eran travestis. Desvié la vista inmediatamente, por temor a despertar la ira de esos seres tan extraños. Sin embargo, al rato apareció una bella chica desde el fondo de la multitud, quien junto con pagar quizás qué impuesto en una caja próxima, por un largo rato los miró desenfadada y burlonamente. Los susodichos no se dieron por enterados y continuaron con su sigilosa charla, a todas luces fuera de su elemento y amedrentados.

Aproveché la inútil espera para evadirme en mis pensamientos. De pie en un rincón, recordé mis recientes días en Neuquén, una dulce y asoleada ciudad de la Patagonia Argentina, aunque demasiado costosa para mi pobre presupuesto de escritor. Pero las emociones son gratis y nunca me faltan cuando viajo. Estaba harto de Buenos Aires, por primera vez en mi vida, y quería irme cuanto antes a Brasil. Caí en la trampa de las casas de cambio y me sentía estafado, a merced de los caudillos que se reparten la economía con total impunidad. Esa gente sólo quiere que vivan europeos en la capital, pagando en euros por supuesto, mientras obligan a los nativos de varias generaciones a ver el banquete desde la calle... De pronto, los travestis escucharon su número y vi levantarse a uno de ellos, el

de blusa rosada y jeans desteñidos. En el acto me olvidé de mis divagaciones. Avanzó temeroso los tres metros y medio que lo separaban de la burócrata-arpía, y apenas abrió la boca recibió una salva:

—¡Cómo le dejaron entrar al país!

—No vine a discutir eso —con gesto demudado—, sólo hagamos el trámite. Además, en Argentina hay muchas personas como yo...

—Pero ellos son nuestro problema, no necesitamos más.

—Vamos, revise mis papeles.

—No me corresponde a mí. Tendrá que venir el miércoles de la próxima semana, cuando un colega ocupe mi escritorio. Él ve esos casos.

El travesti dejó de contenerse, de seguro frustrado por las muchas ocasiones en que había ido a hacer el dichoso trámite, y lanzó un grito:

—¡Claro que vendré! Estaré aquí siempre, aunque a usted no le guste. Hasta que se cansen y me den mi documento.

—Venga no más —le respondió la mujer, irónica.

—No haces nada, vives *sentadota*... —rumió el travesti mientras iba a reunirse con su “amiga”, quien lo recibió con cara de preocupada. Hicieron su mejor esfuerzo para pasar inadvertidas, bordeando la sala por donde no había gente.

Era mi turno y fui hacia la servidora pública esperando lo peor. Estaba seria cuando llegué, mirándome fijamente.

Le expliqué mi situación y rió condescendiente, relajándose poco a poco. Creí que hablándole de mis parientes argentinos la cosa iría mejor, y acerté. No fue amable, pero tampoco grosera, cuando me explicó lo de la multa, y se despidió con una sonrisa. Afortunadamente, le agradaban los chilenos.

Abandoné el recinto preguntándome de qué nacionalidad sería el travesti. Afuera me aguardaban la anarquía urbana, el sol rampante y una larga caminata entre los edificios más bellos del mundo.

II

Brasil comenzó para mí en la terminal bonaerense de *Retiro*. Allí escuché las primeras voces en portugués, entre los pasajeros que esperaban la partida de mi propio bus. El ajeteo de los corredores atestados de personas, de los dos pisos con sus innumerables ventanillas donde se vendían pasajes, me distrajo lo suficiente para dejar mi memoria en blanco. Me sentía saliendo del callejón sin salida de los argentinos y quizás entrando al laberinto de los brasileiros (así como tiempo atrás me alejé de la paradoja de los chilenos). Por fin podría poner a prueba mis escasos conocimientos de la nueva lengua, y para eso llevaba conmigo un diccionario. En esas circunstancias, como un personaje de Conrad o de Melville o de London, me hubiera gustado gritar: “¡Icen las velas, el mar y el viento a favor!”.

Partimos de noche, por el borde de la ciudad. Una semana antes, había salido de Buenos Aires en avión, rumbo al sur y surcando un cielo despejado. El océano de luces abajo, la



fragilidad del chárter, eran una invitación al paroxismo y el silencio. Ahora, en cambio, el veloz paso de los otros vehículos absorbía mi curiosidad. El bus era espacioso, le llamaban “salón cama”. Pertenecía a la empresa “Cruceiro del Norte” y pintaba bueno. Me costó dar con ellos, porque en un comienzo, ingenuamente, creí que me bastaría con una noche para llegar a Río de Janeiro. Cuando saqué las cuentas, con un mapa en mano, me di cuenta de que estaba tan lejos de aquella urbe como si partiese de Santiago de Chile. Pensé en arrepentirme, en echarle la culpa a mi ignorancia. ¿Qué hacer?... Pero la suerte estaba echada, me dije resignado y con algo de miedo.

Ocupé uno de los amplios asientos del segundo piso y descubrí que mis tres vecinos eran brasileños. Justo al lado mío había un joven que, como quien estira las piernas después de permanecer horas sentado, se puso a hablar en portugués precipitadamente. Su madre era española y nació en el sur de Brasil. Había completado una temporada de trabajar en Buenos Aires y se ufanaba de regresar entendiendo el idioma materno; aunque seguía prefiriendo el lusitano. Más allá se ubicaron dos amigas, una mulata y una negra. La primera era simplemente hermosa y quedó prendada del muchacho, aunque era varios años menor que ella. Tuve la impresión de que le atraía su piel blanca: en su actitud había un cierto complejo de inferioridad. Luego me enteré de que era una solitaria y trabajaba en un hospital público de una ciudad de provincia.

—Me bastaría con dos meses viviendo en Argentina para aprender español —dijo con ademán serio y dispensándome alguna curiosidad.

A la otra chica no le entendí nada. Hablaba con una rapidez del demonio; parecía apremiada por algo, incluso usando abreviaturas que apenas se diferenciaban del sonsonete. Torpemente, dije que no daba pie con bola cuando ella discurseaba: me entendió y desde ese momento me tomó mala. No supe de qué podía defenderme, y preferí guardar una distancia prudente. La observé mientras leía una novela, al correr de las horas y los kilómetros, y de pronto, por probar, le dije:

—¿Es una historia de amor?

Y me respondió con un gruñido.

Las relaciones dentro de un bus, durante un viaje largo de dos o tres días como aquél, son confusas. Al principio, por la calidez y el humor reinantes, uno cree que se pueden formar grandes amistades; pero una vez llegados al destino, todo el mundo se separa casi sin

despedirse. La extrañeza se suspende y reanuda con inaudita velocidad. Ya me había ocurrido antes y por eso no sabía bien cómo actuar. Afuera, la negrura casi no permitía ver nada. Se adivinaban extensas lomas de verde, con árboles, hortalizas, maleza y algún riachuelo aquí o allá. Las provincias del norte argentino no parecen demasiado pobladas, los caseríos menudean y sus habitantes se notan pobres.

Por fortuna, terminó la película en la hilera de televisores y nuevamente tenía la oportunidad de hablar en portugués. El micro iba completo, pero de los otros pasajeros aún no tenía noticias. La mulata y el joven de al lado me alentaron a decir algunas frases y luego se rieron y aprobaron al mismo tiempo.

—*Acredito que falo como Tarzán* —dije, y la mujer me miró raro.

—*Tarzán? Que é isso?* —rascándose la cabeza.

Entonces comprendí que la pronunciación era el factor determinante, y así mi buena memoria para el vocabulario del portugués no me servía de mucho.

A todo esto, me asombraba que el chico no mostrase ningún interés por la mujer, con todas las señales propicias que ella le enviaba. Desde un comienzo la trató con la familiaridad del amigo, del compatriota en tierras extrañas, pero parecía seguir un libreto. ¿Cómo no le impactaban su bello porte, las piernas largas, las generosas caderas, o esa voz aguda y romántica como una campanilla? Al rato me contó, con algún pudor, que su padre era lituano y su madre negra, y yo le respondí que era una mezcla maravillosa. Me premió con una sonrisa y ninguna esperanza.

El muchacho, de todos modos, era simpático y estuvo continuamente hablando por su teléfono celular. Sus amigos no veían la hora de tenerlo con ellos, para irse de farra y oír sus historias sobre las mujeres argentinas. Pero su intención no era quedarse demasiado tiempo en Brasil. Deseaba internarse lo antes posible en la Patagonia y cruzar a Chile, por eso se sintió complacido cuando le dije que lo mejor de esa zona del mundo son sus habitantes, tan amables y comedidos. Más tarde iría a México y quizás a Colombia, ya que le interesó mi relato sobre Cartagena de Indias. Como se creía dueño del español, por su madre, las fronteras no significaban nada para él. Aunque entendía perfectamente el lugar que ocupaba cada persona dentro de Brasil.

En una detención en que salimos a dar un paseo, se nos acercó un argentino corpulento, de sesenta años o un poco más. Reprodujo nuestro paso junto a la ruta y empezó por hacerse el campechano:

—¡Qué no daría por tomarme una cerveza!

El brasileño recogió el guante y partieron a un quiosco por unas latas. Las mujeres me preguntaron si yo no quería y no supe qué contestar.

Volvieron hechos unos amigotes. El tipo contó que era profesor de Arte en una universidad de Sao Paulo y viajaba constantemente de un país a otro. Desde luego, el portugués le salía con acento argentino, pero los brasileiros le entendían y así probaba decir la verdad. Conmigo fue algo listillo, como suelen serlo los hombres de su país: se sienten hermanos mayores junto a los chilenos. Nunca les he discutido el privilegio, algo de razón tienen, pero si a mi vez puedo tomarles el pelo, lo hago sin remordimiento y nunca se han enojado.

—¿Les gusta Lula a ustedes? —se animó a hablar de política.

Los tres brasileños se pusieron serios, incómodos por el extranjero entrometido. El viejo no se dio por aludido, y continuó:

—Vayan acostumbrándose, porque no tienen a nadie más. En Argentina pasa lo mismo. Toda la gente reclama por la elección de Cristina, pero no teníamos opción. *Quem poderia vir depois de Lula? Não têm! Não têm!*

La mulata, con rictus circunspecto, le replicó que el problema de Brasil eran los políticos, quienes se robaban el país unos a otros desde la independencia o incluso de antes. “Ustedes no pueden imaginarse cómo viven ellos, ¡cómo!”, arguyó, poniéndose más bonita a medida que su rostro se alarmaba. El argentino chasqueó la lengua, como diciendo: “eso no es nada, preciosa, si vieras a nuestros jefazos...”. El chofer del bus encendió y apagó los focos, llamándonos de regreso, y no alcancé a decir que los lugares comunes no ayudan en nada a los latinoamericanos.

Volvimos al silencio, a las películas trilladas y al balanceo monótono del armatoste. Diantres, aún nos quedaba viajar toda la noche y parte del día siguiente para llegar a la frontera. Comenzaba a creer que mi sino era no arribar nunca a Brasil: a veces se hace tan difícil cumplir un deseo... y la insatisfacción está tan cerca... Pero mejor me olvidaba de

mi pesimismo. Ese momento era real, lo estaba palpando con mis dedos, y todavía tiene eco en el mundo, mientras escribo.

Al hablar de “*la mulata*”, tengo la impresión de referirme a una sombra. Estoy seguro de que mis memorias no son recíprocas. ¿Dónde estará ahora, en qué pensará? Con una desconocida ni siquiera alcanza para la nostalgia. La pastilla para dormir hizo efecto y quedé solo en mis sueños. Años atrás, cuando niño, nos visitó un primo materno que emigró a Brasil en su juventud y allá encontró esposa. Su viaje por tierra me pareció mítico, imposible para el común de los mortales. Después conocí en Santiago a una dulce brasileña, más blanca que las inglesas y mucho más hermosa. Era de esas mujeres que obligan a pensar en el dinero. No quería confesar que los celos de la infancia me tuvieron en ascuas con una niña de Sao Paulo (afortunadamente, tras su retorno en la adolescencia, todo se resolvió con un romance). Sin embargo, mentiría si afirmase que estos recuerdos me acompañaron durante la noche. Sólo vislumbraba el pasillo oscuro, la tenue respiración de los pasajeros, el murmullo de alguien...

III

Caldas Novas, la ciudad donde recaló en el corazón de Sudamérica, es la antítesis de Brasil: tiene pocos habitantes, casi no andan autos y la temperatura nunca llega a ser claustrofóbica. Arribé allí tras una noche de tormenta. Al cabo de casi tres días de viaje, avisté las favelas en torno a Río de Janeiro y me deslicé



cerro abajo en mi bus. No parece que a los brasileños les importe el hedor de las aguas servidas, al menos en las proximidades de los miserables. Entre las casuchas y el terminal

de buses, había un enorme charco de podredumbre, cuya desagradable influencia se acrecentaba por la humedad tropical. Las colinas ondulantes caían al mar de manera más violenta que en Valparaíso, y la indigencia se perdía en el horizonte.

Bordeé el país-continente con ánimo abstraído. Cuando traspasé la frontera, mis emociones fueron tan intensas que incluso no las sentí: fue como si no existieran. El control de los brasileños era escaso, hasta me imaginé cruzando la línea imaginaria por entre los arbustos. Tras hacer los trámites de rigor, los pasajeros fuimos sorprendidos por un “cambista”, que se subió al bus a ofrecer reales por pesos o dólares. Nadie corrió el riesgo. Los letreros mudaron de idioma bruscamente y a ciegas empecé a descifrar los sonidos del portugués.

“*Los ojos de la vegetación mirándonos pasar, eterna y fijamente...*”, escribí en mi cuaderno de viaje; y luego: “*Brasil es como un gran ola, de un verde opaco, quemado por el sol. Es un oleaje sereno, un poco más que ‘calma chicha’*”.

¡Dios mío, cuánta fertilidad! La verdura era infinita, crecía cualquier cosa y los árboles eran insólitos. Recordé las estampas de los libros religiosos, y me dije que sin duda aquellos ilustradores se inspiraron en Brasil para representar la “tierra prometida”. Sin embargo, semejante abundancia era más pagana que cristiana. Me hacía pensar en un dios de la tierra que, luego de vencer a las deidades del cielo y el aire, se pavoneaba en su triunfo con colores y alimentos. Recién intuía el *pandemónium* y deseaba verlo estallar ya, en medio de la multitud.

Los pasajeros fueron raleando con el paso de las distancias. El primero en partir fue el muchacho, a quien aún le faltaba un trasbordo para llegar a casa. Se despidió con indiferencia de la mulata, lo que acrecentó mi curiosidad. ¿A tanto llegaba la división por castas? El racismo en Chile era distinto: como las diferencias físicas están matizadas, y hay misérrimos de todos los colores, el prejuicio surge luego de las preguntas: ¿dónde vives, en qué colegio estudiaste, cuál es tu apellido?... Pero en Brasil era cuestión de miradas, olores y oído. Por fuerza, el mestizo o negro hablaba mal el portugués, por eso la animosidad de la amiga de la mulata: al decir que no la entendía, la condené a ser mi sirvienta. Me sentí avergonzado.

Quién diría que en un país con tanta sensualidad, la gente estuviese sola. Una vez más vislumbé la frialdad de la especie humana detrás de los estereotipos.

Decía entonces que llegué a Río de Janeiro y quedé atrapado en el terminal de buses. Desde el micro me causaron temor los descamisados, que por decenas veía aquí o allá, bebiendo cerveza o con cara de no tener dinero para comprar más. La estación, al estar ubicada junto a la marginalidad, era la síntesis perfecta del caos que vi por la ventanilla. Por todas partes observé guardias privados idénticos a los policías y con las mismas prerrogativas. Era un edificio en remodelación o quizás a medio hacer desde tiempos inmemoriales. Los andamios, los tramos de cemento bruto en el suelo y los obreros capeando el trabajo, constituían el escenario por doquier. Por su lado, los delincuentes se mezclaban con la muchedumbre de pasajeros, enviándole de vez en vez señas irónicas a los vigilantes.

En una de las paredes descubrí unos aforismos bienintencionados, llamando a la paz entre los seres humanos, y luego vi una *gigantografía* de su autor: un santón local llamado “Gentileza”, barbudo y de túnica adornada con dibujos alegóricos. Leí que ya estaba muerto y la idea era ser amables en este mundo, para luego obtener su amparo en el siguiente. Pero dudo que la oferta tentase a nadie, a juzgar por los rostros afilados que veía pasar. Quizás todo se reduzca al miedo. Las personas no son peores que hace doscientos años; los poderosos sí son de temer, por las armas de propaganda y destrucción masiva con que cuentan. Sin embargo, como ellos son una minoría y siempre están ocultos en sus fortalezas, parece más fácil echarnos la culpa los unos a los otros, azuzados por... ¿ya saben quién?

En Brasil, las advertencias prenden rápido como la pólvora. En los pasos fronterizos, los hoteles, las plazas y para qué decir la televisión, se habla constantemente de los asaltos, la desaparición de personas y el vandalismo. ¡Cuidado con el sida!, imploran las madres. Y así el terreno queda fértil para los policías. De modo que no salí del terminal y vi correr las horas entre buses que partían, dudando sobre mi paso siguiente. Hasta que cambié algunos dólares (con una cotización abusiva, como ya era habitual) y compré un pasaje a Caldas Novas. Me dijeron que allá era calmado...

Pero debí detenerme a pensar en la lejanía. Fue otro atardecer y otra noche traqueteando arriba de un vehículo, esta vez una chatarra con unos asientos de palo mal disimulados. Lo mejor fue la tempestad. Como si nada, cuando el bus subía una pendiente, se largó a llover violentamente y así continuó largo rato, mientras serpenteábamos en torno a colinas

abruptas. Al alcanzar una cima pude ver la cascada de agua sobre la llanura, con unos claros de sequedad esparcidos. Por instantes el cielo parecía una ducha.

Hubiera jurado que la naturaleza hablaba en portugués. Al amanecer descendí en la estación de un pueblo a tomar café y por primera vez noté la enorme diferencia con el que se bebe en Chile. Nunca antes había entendido la popularidad del brebaje. ¡Qué cosa más dulce y delicada, aún en su amargor! Su preparación es un arte desconocido bajando del trópico. La gente vestía habitualmente de blanco y me vi envuelto en un mundo campesino, de *sotaqui* (acento) inverosímil.

De pronto, emocionado, atisbé la meta: ¡Caldas Novas ya no era sólo un nombre en un mapa! Ni siquiera Nostradamus hubiera anticipado que algún día llegaría hasta ese lugar, una ciudadela como las hay por cientos en Brasil. No sabía si era azar, suerte o destino, y no me importaba. “Mira dónde estás, me dije, en el centro del mundo...”. Porque Brasil es un sitio en donde está en juego el futuro de la humanidad. Apenas crucé la frontera me di cuenta de que tamaña hibridez no era casual, incluso creí que el desafío era levantar una Torre de Babel amable, a pesar de la angustia apocalíptica. La desmesura es un anhelo ancestral. Me había internado en un territorio sin límites, como un planeta, y como el resto de la gente pensé que allí todo era posible.

Estaba en un balneario de tierra adentro, cuyas aguas termales embrujaban a la población brasileña. Los extranjeros no se aventuran allí y por eso les resultaba exótico a los nativos. Querían escucharme, pero se frustraban al no comprender mi borrador de portugués. Había más edificios que personas. Después averigüé que estábamos fuera de temporada, y así el hotel recomendado me costó la mitad de la tarifa corriente. Su nombre era *Pousada do Chá* (Posada del Té) y se hallaba enfrente de la plaza central. Ésta era un rectángulo de cemento con pocos árboles y nada de césped, pero con unos alegres chorros de agua. Más allá estaba la iglesia, donde se hacían misas prácticamente todo el día. Los bares y las pizzerías ocupaban otro costado, junto a una ancha calzada expuesta al sol.

Quizás vivirían allí unas doscientas mil personas, aunque en el mes de noviembre la cifra disminuía notablemente. Hasta hace un par de décadas debe de haber sido un villorrio. Con el turismo llegaron las inmobiliarias y ahora era el epicentro de un distrito en el estado de Goiás, cuya capital es *Goiânia*, a tres horas de viaje por tierra. No veía la hora de ir a

conocerla, pero primero tenía que aclimatarme a mi nuevo hogar. Me di un baño, encendí el aire acondicionado, y fui dichoso.

IV

Las horas, bajo la veloz cámara de la costumbre, casi no dejan huella en la memoria. Fueron tantos días de viaje hasta Caldas, que sólo deseaba quedarme allí el resto de mi existencia. Conocí a una bella joven con un hijo de diez años. Sus ojos eran verdes, de cuerpo grácil y gestos serios: la brasileña más seria del mundo, probablemente. Me presentó a sus otros familiares, recorrimos parte de la ciudad, y luego desapareció. Nunca sabré el motivo.

Sin embargo, no era difícil entablar una conversación con alguien, a pesar de la diferencia en el idioma. Fui mil veces desde la plaza central al ciber café, pasando por la farmacia o el supermercado, y siempre hubo alguna persona con quien hablar. Me preguntaban si era paraguayo, boliviano, argentino... a nadie se le ocurrió que podía ser chileno. “¿Cuánta gente vive allá?”, me preguntó el dueño del hotel; se lo dije y replicó asombrado: “Menos habitantes que en Sao Paulo”...

Por gracia del dengue y la fiebre amarilla, el agua mineral es gratis para todos, o *casi* todos. Uno encuentra bidones en la mayoría de los negocios y edificios públicos: basta con tomar un vaso y beber cuanto se desee. No obstante, jamás vi un indio ejerciendo ese derecho. Los únicos visibles, al igual que los zambos, eran los limosneros. No vivían dentro de la ciudad, sino que reptaban por ella a ciertas horas y luego de una breve ronda por las calles céntricas, desaparecían. Lo mismo pasaba con los negros, especialmente con los que erraban de un pueblo a otro. Causaban miedo y la verdad tenían un aspecto rudo. Pero los indios no, ellos más bien daban pena. Le escuché a un brasileño calificarlos de “vagabundos”, lo cual es grave, porque esa misma palabra se usa en portugués con las prostitutas.

Si me preguntan mi opinión, diría que es gente muy desamparada. Te miraban por un segundo desde sus cuerpos desnutridos, desviando velozmente los ojos. Su vocabulario parecía limitarse a la petición de una moneda, y el resto era un dialecto incomprensible. Mi

primera conclusión fue que la lengua portuguesa es más flexible que la española, pero la segunda es más precisa. Posee un mayor rango de sonidos, acentos y tonadas: es la versión más musical del latín en nuestra época, con un influjo superior en el plano hablado antes que en el escrito (sobre todo en Brasil, donde la oralidad es vertiginosa y quien no maneja algunos tonos básicos, jamás se dará a entender, aunque sea un diccionario andante).

En este punto necesito volver al tema de las castas. A simple vista, los indios y zambos serían los parias de Brasil; luego siguen los negros, quienes trabajan de mozos de cuerda, temporeros, feriantes y otros empleos menores; a continuación están los mulatos, a quienes en Chile ubicaríamos en la “clase media baja”, con una fuerte presencia en la administración pública y en la policía; los blancos pobres, en tanto, se dedican al pequeño comercio y a profesiones independientes (turismo, administración de propiedades,



taxistas...). Desde luego, en el tope de la pirámide están los extranjeros, el latifundio criollo y las capas profesionales en los puestos ejecutivos del gobierno y de la empresa privada. Uno cree que Brasil es un caos, hasta que descubre los límites infranqueables entre estos

grupos. No se percibe el desprecio al mestizaje de Estados Unidos, por ejemplo, pero eso no modifica la distribución del poder. Existe un fuerte control de la educación, al igual que en Chile. Si bien la cultura brasileña es inconmensurable, poca gente tiene conciencia de su valor.

La televisión domina el esparcimiento de manera brutal. Donde uno vaya la gente está viendo “tele” y los programas son, previsiblemente, livianos. En la música son localistas, casi nunca escuché una canción en inglés y jamás en español; pero me decepcioné al comprobar que la *bossa nova* es tildada de música culta y sólo iniciados la cultivan. Los estilos populares son tan monótonos y faltos de encanto como los de la América hispana.

Se trata de música romántica, sosa por definición, repetitiva hasta el cansancio... Sin embargo, sus seguidores son multitud y uno ve recitales en que el público llora de emoción.

Recuerdo algunas noches en las pizzerías junto a la “plaza de armas”. Varias de ellas tenían pantallas gigantes, donde reproducían conciertos populares y los clientes cantaban a voz en cuello. Incluso diría que la sucesión de misas diarias se hacía para cantar alegres canciones y llevar el ritmo con los pies. No advertí el catolicismo fatalista de los países australes, aunque el ánimo es igualmente apocalíptico. Si el mundo se acabara en medio de catástrofes, me imagino que los brasileños se reunirían en los parques a cantar loas al “*Senhor*”. Brasil es un gigante religioso, parece que todas las grandes naciones lo son: Estados Unidos, la India, Rusia, Arabia Saudita, México... Comparte con ellos la misión de evangelizar al resto de la humanidad. En los buses siempre viajan uno o más misioneros, y los predicadores en la calle se creen auténticos apóstoles, con sus barbas frondosas y sus miradas dementes.

Una noche la pasé en vela cuando unos jóvenes ocuparon unas bancas de la plaza y cantaron hasta el amanecer sus homenajes a Cristo. Sus voces se oían lúcidas y cristalinas, ¡ni siquiera necesitaban del alcohol para sostener su fervor!

Fueron deliciosas las tardes de lectura en mi habitación. Cuando la temperatura se elevaba por sobre los 35 grados, cerraba la ventana, encendía el aire acondicionado y, en lugar de ver televisión como la mayoría de los lugareños, me sumergía en la trágica historia de *Ana Karenina*. León Tolstoi pudo ser brasileiro y, al igual que en su Rusia natal, habría creado una iglesia con miles de feligreses. No me costó imaginarlo en las veredas de Caldas Novas, con su traje de *mujik* e indicando con el dedo. Con gusto lo habría invitado a un sorbete (helado) de sabores exóticos e imposibles de describir. Habríamos ido a almorzar al mediodía, como los nativos, y en un comedor con autoservicio, hubiésemos pesado la comida para pagarla. El lado más amable de los brasileños es su informalidad. No se preocupan por nada...

La peor sorpresa fue la mala opinión que tienen de ellos mismos. Me vi en la absurda situación de defenderlos, cuando un oriundo los calificó a todos de deshonestos. Quizás este juicio se debiera a las fricciones por los privilegios, pero ¿cómo diablos podía saberlo yo?

Cuando el calor declinaba, salía a escribir en mi mente la crónica de Brasil. Conocí aquello que los venezolanos llaman “palo de agua”: una lluvia torrencial y repentina, sin que el termómetro disminuya un ápice. Era cómico mojarse para estar seco inmediatamente. No había mucho que mirar, salvo algunas pocas tiendas, una o dos calles largas, la belleza de las mujeres... Caldas Novas vive en un sopor constante. De pronto me entretuve viendo pasar las carretas de los gitanos, tan distintos a los de Chile: ellos son morenos, como venidos de Asia Menor, y parecen vivir en un mundo decimonónico. En otra ocasión me encontré con una fila de sujetos encañonados por la policía, con las manos en la nuca y algunos en cuclillas. Ya los había notado en los días previos corriendo por las calles, dándose de palmadas en la cabeza y atemorizando a los residentes con su lenguaje soez. Eran pandillas de forasteros, quienes recorrían las provincias como si estuvieran en el viejo oeste, embriagándose y molestando. Hasta que colmaron la paciencia de los policías y recibieron algunas “caricias”.

Desde ese momento el patrullaje aumentó por las tardes y noches, con uniformados venidos de otras ciudades. Para el común de los brasileiros, la policía es el mal menor, pero su influencia podría llegar a ser traumática, si continúa creciendo. Ante el panorama monocorde de los últimos días, decidí ir a conocer la capital de Goiânia. Tomé un taxi colectivo al despuntar el día y me fui conversando con el chofer (un hijo de inmigrantes checos) y un empleado de un hotel que iba a visitar a su padre hospitalizado. Con la amabilidad natural del país, se esforzaron por entender mi portugués y me enseñaron algunos trucos para hablarlo mejor. Una solución era combinar el idioma con gestos manuales, como afirmar levantando el dedo gordo de la mano derecha. No era extraño que entre los mismos brasileiros no se comprendieran y tuviesen que usar este recurso. Luego se nos cruzó en el camino un hermoso pájaro de patas largas; faltó un pelo para atropellarlo, pero dio un salto a tiempo.

El paisaje previo a la ciudad, era fértil y ondulante como el resto del territorio que conocía. Las *fazendas* (haciendas) son realmente descomunales. Llegué a la urbe y enseguida reconocí el horizonte de edificios irregulares, como una dentadura desordenada. La avenida principal era ancha y poseía todo tipo de centros comerciales. Vi cientos de personas en las veredas, de aquí para allá, matando las horas. Hasta que descubrí un espectáculo único en el mundo: las putas. Eran mujeres de una belleza inusual, de todas las

razas, y con atuendos más que provocativos. No llega a ser un comercio legal, pero es casi lo mismo. Nadie se escandaliza por sus miradas invitando a la maratón sexual. Sin embargo, son tantas las mujeres atractivas, que tras un momento se matizan con el entorno.

Tenía que ir a buscar unos dólares a una agencia de dinero, lo cual siempre era un lío por las tretas que inventan para robarle a los extranjeros. Desde luego, me hallé ante un impuesto injustificable, pero una ley al fin y al cabo, y vi disminuir la cifra en la calculadora. Pero, no contentos con eso, me pidieron un número y una contraseña. “En Brasil no basta con el nombre”, insistieron. Tuve que llamar a Santiago varias veces, hasta que de mala gana me entregaron los billetes. Conocí así un rasgo de Brasil que nunca más me abandonó: la burocracia. Es tan grande y poderosa como la policía, y todavía más complicada.

Regresé molesto a Caldas Novas. Había ideado un método para enseñarles rápidamente el español a los brasileños. Si tuviese que vivir allá, creo que me las podría ingeniar haciendo clases, pues los estudiantes deben aprender el castellano: la literatura técnica en portugués aún es limitada. Pero, al final, todo dependería de que la burocracia me permitiese ganarme el sustento. Con estas fantasías en mente, decidí marcharme a Sao Paulo y así comenzar mi retorno a la patria. Ya echaba de menos las tardes dedicadas a la escritura.

La despedida de aquella ciudad hospitalaria fue rápida, por la noche. Algunos abrazos, unos apretones de manos, una invitación a volver... y otra vez estaba en la ruta. No veía la hora de arribar a la gran metrópolis. Fue una madrugada calurosa dentro del bus, en que subieron y bajaron pasajeros continuamente. En el viaje de ida estuve en Sao Paulo entre un sueño y otro. Me despertó un militar ceñudo que ocupó el asiento de al lado. Vi las columnas de cemento del terminal y después nuevamente caí en el vacío. Ahora sería diferente. Estaba previsto que llegaría por la mañana y tenía un día entero antes de dirigirme a Buenos Aires. Mi deslumbramiento fue instantáneo, apenas tomé el metro rumbo hacia el centro.

¡Cómo puede haber tanta gente en el mundo! Chile me pareció un grano de arena al ver las muchedumbres compactas de Sao Paulo. El tren subterráneo estaba repleto a toda hora; cada vagón era un conciliábulo eterno. La gente era de todos los tipos: negros gigantescos, mujeres nórdicas, hispanos, japoneses, gordos, chicos, normales... Los estímulos eran



inagotables, empezando por la distancia entre las personas: pedir un metro cuadrado hubiese sido un abuso de confianza. Mirabas sobre el hombro y ya tenías a uno o dos individuos encima de ti. Estábamos amontonados, con calor, apuro, temores o curiosidad. Me indicaron que me bajase en el barrio japonés y así lo hice. Allí podría comer tranquilamente y partir luego hacia los monumentos de la ciudad, como sus peatonales infinitas.

Nunca entendí por qué la gente comía frituras, siendo un país tan cálido. Naturalmente, el resultado es la obesidad, que, junto al alcoholismo, son las dos grandes enfermedades sociales del Brasil. Esto era ostensible al caminar por Sao Paulo. En varias ocasiones estuve a punto de tropezarme con un borracho y, como él, rodar por el suelo. Me dirigí primero al barrio japonés, donde conocí a un matrimonio de viejitos portugueses. Comí en su restaurante y me entendieron cuando les hablé, expresando su desprecio al portugués de los brasileños. Al final, me regalaron el postre.

Seguí sus instrucciones al internarme por las avenidas céntricas. Era asombroso el río de rostros y voces estridentes; las personas estaban tan cerca unas de otras, que parecían un solo organismo desplazándose en cualquier dirección. Los edificios eran unas moles *orwellianas*, descomunales y de todos los estilos arquitectónicos. También constituían un enjambre, creando un sinnúmero de callejuelas y recovecos a su alrededor. Sin darme cuenta, me quedé mirando a un policía y éste hizo el ademán de sacar su revólver. “Cuidado con los temores animales”, me dije desviando la vista rápidamente. Pero no era fácil obviar la vigilancia. Por lo menos había cinco policías patrullando el barrio histórico: la civil, la federal, la militar, otra de una sigla extraña, y los guardias privados de los grandes negocios. Cuando llegué a la Catedral de Sao Paulo –una construcción que se pierde en las alturas–, comprendí que la misma república está en riesgo con el estado policial impuesto por la oligarquía.

Los intelectuales brasileños suelen quejarse de los malos resultados de la educación. El gobierno, a su vez, se ufana de las mejoras en la alfabetización. Pero la lectura es una rareza, y un caos el tenor de los diálogos. ¿Cuánto vale el voto en estas circunstancias? Quizás sería más honesto declarar el imperio: al menos ya cuentan con suficiente carne de cañón.

Fui a un *ciber* café y me pidieron la cédula de identidad. En todas partes me empadronaban, lo que no era nada de agradable. De repente, preferí olvidarme del enigma del poder y silbé con la inocencia de un neófito. Era un hecho que me fascinaba Sao Paulo. Ahora sabía cómo era vivir en una ciudad de 18 millones de habitantes, y me gustaba. Las historias que ocurrían ante mis ojos eran tantas, que superaron mi capacidad de síntesis. Mis sentidos me exigieron dejarme llevar por la corriente, y así lo hice.

Regresé al terminal de buses con la sensación de que, una vez caída la noche y ya sin la ronda de los policías, el centro debía de ser un aquelarre. Los falsos profetas, los magos, los miles de indigentes viviendo en la calle, las bandas de motociclistas, los ociosos, los pacos encubiertos, las rameras, los obesos y los flacos, constituían una fauna que seguramente estallaba en la oscuridad como un petardo. El bus me esperaba con el argumento del retorno. El celuloide correría velozmente hacia atrás y volvería a ser el del pasado.

Sin embargo, al cruzar la frontera con Argentina, una idea permaneció fijamente en mi pensamiento: necesitaba volver cuanto antes a Brasil.